

Los antiguos pobladores de Chile: problemas e hipótesis

Mario Orellana

Cuando se piensa en las costumbres de los antiguos ocupantes del territorio chileno, vienen a la mente los conceptos de salvajismo, caza y recolección. En verdad, estos términos son más antiguos de lo que muchos imaginan; por ejemplo, ya se encontraban en los estudiosos españoles del siglo XVI que intentaban explicar el origen de los primeros americanos. Además, como se sabe, los conceptos de salvaje y cazadores se hallan, también, en teorías que se cultivaron en los siglos XVIII y XIX. Por una parte el concepto 'salvaje' tuvo en el siglo XVIII, siglo de la Ilustración, de la Razón, una connotación especial, sobre todo en autores como el francés Rousseau. De ninguna manera era un término peyorativo; todo lo contrario, el hombre del siglo XVIII buscaba en el ser no civilizado, es decir en el salvaje, una vida más auténtica, más natural, más sencilla, más humana. De algún modo la visión del nuevo continente, descubierto algunos siglos atrás, era una visión idílica; las tierras americanas conservaban extensos territorios desconocidos, no hollados por los europeos, en donde la naturaleza y la cultura se conservaban en equilibrio.

Con la teoría evolucionista-darwinista, aplicada a la etnología de la segunda mitad del siglo XIX, se transformó el concepto, en cuanto éste fue entendido como una primera etapa de desarrollo, muy alejada de la realidad civilizada europea. Obviamente que ésta era la meta por alcanzar y, por lo tanto, el estado de salvajismo debería ser superado, pasando por la etapa de barbarie hasta llegar a la civilización, caracterizada por las urbes, las industrias, el desarrollo de las artes y de la cultura, por la moralidad cristiana, por el Estado nacional, etc.

Entre las características de la vida salvaje se encontraba la actividad de la caza; se trataba entonces de un sistema de subsistencia en donde los grupos humanos más primitivos, menos evolucionados, al no conocer las

actividades agrícolas y de pastoreo, es decir, la domesticación de plantas y de animales, debían vivir de la recolección de vegetales y de la caza de animales.

Ciertamente que las disciplinas antropológicas, sin tener entre sus ideas una actitud peyorativa ante estos conceptos, no tienen inconvenientes en reconocer, por intermedio de las investigaciones arqueológicas, la existencia de grupos de cazadores y recolectores que caracterizaron el pasado más antiguo de la humanidad. El período paleolítico, con su gran profundidad cronológica y su variedad de actividades sociales, es mucho más complejo que lo que se imaginaban los antropólogos y prehistoriadores del siglo XIX.

Sin embargo, también es verdad que la teoría evolucionista, en un sentido amplio, ha logrado mantener su visión de un desarrollo de la humanidad que comienza con el período caracterizado por los cazadores y recolectores. No hay libro de historia y de prehistoria que no tenga un primer capítulo referido a la vida paleolítica, es decir, a la caracterización de los grupos humanos más antiguos, a los que iniciaron el lento avance cultural. No siempre, como creían los teóricos del siglo XIX, estas formas de vida se transformaban, cambiaban, evolucionaban a otros sistemas más elaborados, más complejos. Bastaría mirar a nuestro alrededor para observar que los desniveles de desarrollo social, cultural, económico, tecnológico son a veces muy grandes. No se trata sólo de países pobres y ricos, sino de diferencias notables dentro de los mismos países caracterizados por un mismo desarrollo; hay pobreza económica, cultura, ética en ciertos grupos pertenecientes a un país desarrollado, ejemplificando así subculturas y desniveles socioeconómicos que coexisten en un mismo espacio y en un mismo tiempo.

El período paleolítico, especialmente el llamado *superior*, presenta un conjunto de características culturales, tecnológicas, económicas, sociales que lo convierten en un tiempo de decenas de miles de años (por lo menos 40.000 años de duración), caracterizado por realidades muy distintas, algunas muy complejas, e incluso de un desarrollo cultural altísimo.

Es en este período cuando bandas de cazadores provenientes del Asia atravesaron el estrecho de Behring, posiblemente, alrededor de unos 40.000 años atrás, en un período geológico conocido con el nombre de Pleistoceno y dentro del período glacial Wisconsin. Hay también acuerdo entre los arqueólogos y antropólogos físicos para declarar que estos grupos de cazadores, pertenecientes al paleolítico superior asiático, eran *Homo sapiens sapiens*; es decir, pertenecían a los seres humanos más modernos, más desarrollados que otros tipos de hombres que habían existido a lo largo del Paleolítico.

Entonces, los primeros hombres que entraron al continente americano pertenecían a la especie más perfeccionada, tanto biológica como culturalmente, lo que les permitió enfrentarse con éxito a un medio ambiente

desconocido, caracterizado por la presencia de grandes masas de hielo, que no cubrieron solamente los sectores más altos de las cordilleras, sino que se extendieron también por mesetas y valles. Las glaciaciones identificadas en el actual territorio de los Estados Unidos son, de más antiguo a más moderno, Nebraska, Kansas, Illinois y Wisconsin. Esta última se inició hace unos 50.000 años y terminó, al parecer, hace unos 10.000 años.

Los estudios de diferentes yacimientos arqueológicos han permitido construir la hipótesis de que los primeros grupos de recolectores y cazadores llegaron en la glaciación Wisconsin, aprovechando la existencia de un puente natural que unió el continente asiático con el americano, cuando la glaciación Wisconsin estaba en un momento de gran desarrollo, lo que hizo que el nivel de aguas bajara bastante (alrededor de 80 a 90 m).

En América del Norte, aunque no hay acuerdos unánimes ni precisiones cronológicas satisfactorias, se ha logrado identificar algunos sitios antiguos del período Pleistoceno. Así, en los llanos de Old Crow, en el territorio canadiense del Yukon, se han encontrado materiales óseos. Numerosos huesos de fauna pleistocénica mostraban huellas de haber sido modificadas por la acción del hombre. Un artefacto de hueso fue datado hacia el 27.000 ± 3.000 . Otros huesos alcanzaron más de 39.000 años de antigüedad.

Otro yacimiento, el de Tlapacoya, en México central, tendría una antigüedad de 20.000 años. Un tercer yacimiento, situado en Pennsylvania, es el abrigo rocoso de Meadowcraft, con fechas que oscilan entre los catorce a diecinueve mil años de antigüedad. Hay, también, algunas fechas, discutibles, que permiten tentativamente datar algunos restos óseos humanos; por ejemplo, huesos de un niño de menos de dos años encontrados en Taber, Alberta, Canadá. El contexto geológico de este hallazgo fue situado en una edad mínima de 25.000 años.

Otros restos humanos, encontrados en la Laguna Beach han sido fechados por el método radiocarbónico en 17.150 ± 1.470 .

¿Qué cultura, qué tecnología traían estos primeros pobladores, aún mal situados en el tiempo pasado? Cabe suponer, de acuerdo a lo que nos permiten los escasos contextos arqueológicos estudiados, que estos pequeños grupos de hombres se organizan en bandas constituidas por la unión de algunas familias extensas y bajo el liderazgo de algún fuerte y hábil cazador. Llevaban entre sus artefactos y herramientas algunas armas hechas de hueso y de piedra que formaban parte de los contextos de los cazadores asiáticos. Si las primeras pasadas de estos grupos ocurrieron entre los 40.000 y 30.000 años atrás, debemos suponer que sus armas y herramientas corresponden a las del paleolítico superior más antiguo, es decir, que entre ellas se encuentran todavía artefactos y técnicas provenientes del Levallois-musteriense. Es probable que estos primeros pobladores hayan hecho instrumentos relacionados con los complejos industriales aurignaciense y gravetiense. Esto podría explicar la presencia de técnicas y artefactos del

paleolítico medio que suelen encontrarse en algunos yacimientos americanos y que no son siempre bien interpretados por los estudiosos, sobre todo si se buscan artefactos sólo del paleolítico superior más avanzado, tipos solutrense y magdaleniense.

Es muy probable que estos primeros cazadores, siguiendo algunas manadas de animales pertenecientes a la fauna pleistocénica, hayan avanzado lentamente por los nuevos territorios, desconocidos y sin nombre, buscando espacios y lugares adecuados para su subsistencia, no sólo económica sino también cultural. Es sabido que los grupos de cazadores del período paleolítico superior no sólo eran nómades, sino que, también, podían desarrollar sistemas de permanencia en un lugar y territorio, que los convertían en semisedentarios. Espacios ricos en agua, flora y fauna, sectores lagunosos o situados cerca de ríos e incluso no lejos de la costa, podían ser habitados satisfactoriamente por muchos años. No debe pensarse, entonces, en un avance casi desesperado hacia el sur, adentrándose cada vez más en los nuevos territorios. Si calculamos que los cambios geológicos producidos dentro de la glaciación Wisconsin (tiempo de avance y retroceso de los hielos), tuvieron como consecuencia subidas de los niveles de las aguas, procesos de deshielo, desaparición de los puentes naturales, etc., hay que deducir que tal vez por muchos milenios los grupos de cazadores *americanos* no tuvieron ayuda de otros grupos de cazadores asiáticos.

Se ha calculado que por lo menos en dos ocasiones las aguas bajaron y se formaron puentes que permitían el acceso de animales y hombres entre uno y otro continente. Antropológicamente los grupos aislados de *nuevos* americanos debieron crecer lentamente, suponiendo que tuvieron éxito no sólo en su adquisición de alimentos vegetales y animales, sino, también, en su multiplicación de ideas, de conceptos que enriquecieron su acervo ideológico, sus creencias y, en general, su vida social y cultural.

Cronológicamente, y dicho en forma metafórica, el avance fue lento, muy lento. Si se acepta que ya hacia los 30.000 años de antigüedad estaban en el norte de América, sabemos que un poco antes del 10.000 a.C. los hombres habían alcanzado el territorio sur de Chile y Argentina. Obviamente que los grupos que llegaron al extremo sur de América tenían poco que ver con las primeras bandas de cazadores. Sin embargo, como todo el proceso de poblamiento americano se hizo en el llamado período paleolítico superior, debemos concluir que había algunas semejanzas y relaciones culturales y tecnológicas. Caben por lo menos dos hipótesis: que algunos grupos de antiguos pobladores, con culturas y tecnologías antiguas propias del comienzo del paleolítico superior, hayan sido empujados hacia el sur americano, sufriendo cambios menores; o que los grupos que llegaron hacia el 10.000 a.C., o un poco antes, al extremo sur de América, hayan pertenecido a aquellos que llegaron con los cazadores especializados de fines del pleistoceno, siendo así su avance más rápido que lo pensado por nos-

otros; en menos de mil años estos cazadores, con tradición de puntas líticas de proyectiles, habrían alcanzado el sur de Chile.

En Chile son varios los yacimientos que han sido aceptados como representativos de ocupaciones humanas de fines del pleistoceno, asociados a fauna extinguida y con un contexto cultural propio del período paleolítico, y que en América se conoce, también, como lítico, paleoindio o, simplemente, de cazadores y recolectores. Algunos autores usan, incluso, el concepto de preagroalfarero, que estuvo de moda en las décadas del 50 y 60. Sin embargo, poco a poco, se han ido imponiendo los conceptos de paleoindio y de arcaico. Este último nombre se refiere a los contextos culturales pertenecientes a los cazadores y recolectores que vivieron en el período geológico holoceno, cazaron fauna contemporánea y se sitúan entre los 8.000 al 2.000-1.500 a.C.

El primer yacimiento paleoindio estudiado es el de *Tagua-Tagua*¹, situado en la VI Región, al sur del río Cachapoal. En las orillas de una laguna seca investigadores del Museo de Historia Natural de Santiago y de la Universidad de Chile, excavaron sistemáticamente en la década del 60 un sitio que era conocido desde el siglo pasado. Luego, a fines de la década del 80, se volvió a excavar el yacimiento, encontrándose nuevas evidencias. Los resultados de estas investigaciones permiten concluir que bandas de cazadores que vivían entre el 9.430 y el 9.000 a.C., es decir, a fines del período pleistocénico, cazaron mastodontes, ciervos, caballos, zorros, coipos, aves acuáticas e incluso pescaron. Todo esto ocurrió en una playa de la laguna de Tagua-Tagua, al aire libre, en un tiempo de clima templado, con pocas lluvias. Estos primeros cazadores aprovecharon posiblemente que el sector era pantanoso y que los mastodontes tenían un desplazamiento difícil; los atacaban con grandes piedras y luego que estaban muertos los faenaban con sus cuchillos. Estos instrumentos estaban hechos de lascas, es decir, de fragmentos de piedras golpeados en forma regular y, a veces, mediante la técnica de presión. Junto a estos cuchillos se encontraron raspadores con retoque unilateral. Además de un conjunto de artefactos hechos de lascas, poco trabajados, pero con uso indiscutible, se hallaron huesos de caballo utilizados como retocadores, percutores o punzones. Restos de carbón y de huesos quemados permiten suponer que en el mismo lugar comieron parte de los animales, alrededor de una fogata que no sólo los calentaba sino que les permitía cocer parcialmente la carne de los mastodontes y caballos.

¹ La primera publicación hecha por un grupo de investigadores del Museo Nacional de Historia Natural y de la Universidad de Chile apareció en el *Noticiero Mensual del M.N.H.N.* con el título de "Convivencia del hombre con el mastodonte en Chile Central": N° 132, Año XI, julio de 1967. Firmaron esta noticia sobre las investigaciones en la Laguna de Tagua-Tagua los Sres. Rodolfo Casamiquela, Julio Montané y Rómulo Santana.

Las fechas de Tagua-Tagua son prácticamente contemporáneas de las que se conocen para otro yacimiento paleoindio, situado en la IV Región cerca de Los Vilos, en la quebrada de Quereo². En efecto dos fechas radiocarbónicas, que datan el nivel cultural más antiguo, dan 9.650 y 9.540 a.C. Esta antigua ocupación, que podría serlo aún más —según los especialistas que excavaron en Quereo—, tal vez varios miles de años antes: 20.000 años de antigüedad, da a conocer un momento de la vida de estos cazadores de mastodonte, caballo, ciervo, paleollama y otros animales. Estas bandas vivían en una época de clima cálido y seco, en los alrededores de un bosque y cerca de una laguna. Los animales se empantanaban y eran golpeados por los cazadores con bloques de piedra. Además de cazar se alimentaban de vegetales. Los artefactos que se han encontrado no son abundantes, están hechos de hueso y de piedra: especialmente se identifican instrumentos cortantes; algunos huesos de los animales faenados tienen marcas de los instrumentos usados.

Otro nivel cultural de Quereo encontrado a 1,30 m sobre el primero se caracteriza también por los restos de grandes hervíboros, mastodontes, caballos, ciervos, camélidos, aves y roedores. Este nivel tiene un fechado radiocarbónico de 9.150 a.C. Parece que la recolección de frutos, raíces, vegetales, mariscos enriqueció la dieta. Estos cazadores tenían instrumentos de láminas líticas y de huesos. Los dos niveles culturales, tan próximos en el tiempo, hecho que inquietó a los arqueólogos que estudiaron el sitio, pertenecen al período geológico de fines del Pleistoceno y son sincrónicos a los cazadores de Tagua-Tagua.

En el yacimiento de Quereo el recuento de su contexto arqueológico no ha identificado puntas líticas de proyectiles. En cambio en Tagua-Tagua, las excavaciones de 1990/1991 permitieron encontrar dos puntas de proyectiles del tipo *cola de pescado*, lo que no debe causar asombro puesto que estamos analizando sitios ocupados hacia el 9.430 a.C., es decir, dentro de un período paleoindio caracterizado por la técnica de puntas de proyectiles. Lo normal sería, entonces, que en los yacimientos de finales del pleistoceno, propios de cazadores de grandes animales, se hallen los instrumentos y las armas propios de su nivel tecnológico y de sus necesidades económicas.

El problema surge cuando en algunos de estos yacimientos no aparecen ciertos tipos de instrumentos. Es razonable preguntarse por qué no se han encontrado artefactos líticos de puntas de proyectiles. Las respuestas pueden ser variadas, como se verá más adelante. En este momento interesa señalar que si, por una parte, se postula la gran antigüedad de un yacimiento (sobre

²J. Montané y R. Bahamondes llamaron la atención en 1973 en la importancia del yacimiento de Quereo. Su trabajo fue publicado en el Boletín del Museo Arqueológico de La Serena: "Un nuevo sitio paleoindio en la provincia de Coquimbo, Chile".

los 20.000 años) debería, también, analizarse el contexto cultural que correspondería a ese tiempo, sobre todo si sabemos que antes del 15.000 a.C. no hay hallazgos de puntas de proyectiles, por lo menos de acuerdo a la investigación publicada. Así la búsqueda de una respuesta adecuada nos conduce a revisar otros yacimientos situados en América del Sur.

En primer lugar una advertencia metodológica: parece necesario precisar bien lo que entendemos por puntas de proyectiles, situadas en un tiempo después del pleistoceno; estamos hablando de las puntas *Clovis*, *Folsom* y de otros tipos, tales como las *cola de pescado*. Sabemos también que en Venezuela, por ejemplo, en el yacimiento de El Jobo, se encuentran puntas foliáceas, de un tiempo pre-Clovis (14.000 a 13.000 años de antigüedad); así cuando nos planteamos el problema de una posible ocupación de recolectores y cazadores sin puntas líticas de proyectiles, estamos pensando en una antigua presencia de grupos humanos anteriores a las tecnologías solutrense y magdaleniense, es decir, más allá de los 18.000 a 16.000 años.

Igualmente sorprende que muchos yacimientos situados a lo largo del continente americano no presenten puntas de proyectiles, siendo en algunos casos contemporáneos a otros que sí tienen puntas de proyectiles. Pero el problema no es del tipo teórico de diferenciar sitios de funcionalidad complementaria, ni tampoco de reconocer tradiciones estilísticas coexistentes. Lo que se está comenzando a discutir es la hipótesis que sostiene que algunos yacimientos contemporáneos a fauna desaparecida tienen una profundidad cronológica mayor a la de aquellos yacimientos conocidos como del pleistoceno final. En este caso no debería sorprender, ni menos buscarse respuestas superficiales para explicar la ausencia de puntas de proyectiles.

En el sur de Chile, muy cerca del aeropuerto de la ciudad de Puerto Montt, en las márgenes del estero de Chinchihuapi, en un ambiente de bosques húmedos, desde fines de la década del 70 se ha investigado un yacimiento conocido con el nombre de Monte Verde³, cuyo contexto cultural presenta características singulares. Muy probablemente se trata de una ocupación humana que debe ser situada entre el 13.000 y el 11.000 a.C. y que está organizada alrededor de una economía mixta, en donde la caza del mastodonte y de paleocamélidos es tan importante como la recolección de una gran variedad de vegetales, frutos e incluso de moluscos de agua dulce. Estos cazadores y recolectores paleoindios constituyeron un emplazamiento semisedentario, con viviendas rectangulares hechas de madera, con arena y grava compacta. Relacionadas con estas habitaciones se encuentran fogones colectivos y braseros. En un ambiente boscoso, junto a un riachuelo, los artefactos son de madera, de hueso y también de piedra.

³ Ha sido el arqueólogo nortamericano Tom Dillehay, quien ha insistido, con gran acopio de métodos y técnicas, en el valor del yacimiento de Monte Verde.

Hay algunos artefactos líticos que parecen ser usados como boleadoras y otros como mano de molienda. Algunos trozos de maderos pueden ser mangos para artefactos, morteros e, incluso, especie de puntas. El trabajo de cuero está también comprobado; restos de éste se han encontrado junto a los troncos de madera de las habitaciones.

El yacimiento de Monte Verde es hasta ahora uno de los más antiguos encontrados en Chile y presenta características novedosas de la vida de los paleoindios, explicadas en otras cosas por el ambiente distinto de este sitio arqueológico y, también, porque puede ser ejemplo de algún tipo de tradiciones culturales diferentes de los de Tagua-Tagua y de Quereo.

Otro yacimiento paleoindio encontrado mucho más al sur de Chile, en la Patagonia, es el conocido con el nombre de Cueva Fell, que tiene una fecha de 9.050 a.C. Por primera vez se encuentran instrumentos de piedra que son denominados puntas. Aparecen las llamadas *puntas de cola de pescado* por su tipo de pedúnculo y algunas puntas foliáceas que tienen una leve acanaladura, que recuerda las puntas acanaladas (fluted point) del complejo de los Llanos en Norteamérica.

Se ha intentado conocer el itinerario de estos cazadores a través de algunos hallazgos hechos en diferentes lugares de América del Sur. Se han encontrado puntas del tipo "cola de pescado" en Panamá, Ecuador, Argentina (provincia de Buenos Aires, Caleta Oliva, etc.) y el sur de Chile (Aysén). En el extremo sur de Argentina (cueva de Los Toldos) cazaron milodón y caballo. Un tercer tipo de puntas son las triangulares relacionadas con un contexto instrumental variado: raspadores, raederas, cuchillos, espátula de hueso.

He llamado la atención hacia los instrumentos de puntas que se encuentran en la cueva de Fell y en otros sitios del extremo sur de Chile y Argentina, para insistir en algo que no se ha considerado significativo, por lo menos en los últimos años: la ausencia de instrumentos de puntas líticas en algunos de los yacimientos más antiguos paleoindios. Es verdad que en las décadas del 50 y del 60 varios investigadores insistieron en la existencia de tradiciones líticas muy antiguas, que ellos llamaron Pre-puntas de proyectiles (Alex Krieger), Protolítico (Osvaldo Menghin), Paleolítico (Gustavo Le Paige) o Arqueolítico (J. Luis Lorenzo)⁴. También el arqueólogo R.S. Mac Neish, en el Perú (Ayacucho), había postulado, ya a comienzos de la década del 70, para las fases más antiguas de cazadores y recolectores la ausencia de la tradición tecnológica lítica de puntas de proyectiles. Las fechas para la fase Ayacucho son de 14.000 a 12.000 a.C.

⁴En un trabajo de 1985, José Luis Lorenzo sigue escribiendo sobre el horizonte arqueolítico, el que caracteriza "por la presencia de artefactos líticos realizados con lascas y, también, con cantos rodados, retocados somera y toscamente para mejorar los bordes cortantes o rayantes"... *La Tierra y su poblamiento*, volumen XI de la Historia Universal Salvat, Barcelona, Salvat Editores S.A., 1985, pp. 1785-1807.

Como las postulaciones de Menghin, Le Paige y Krieger no se apoyaban en evidencias estratigráficas, éstas fueron aportadas por algunos arqueólogos de la década del 80. No dejaban de tener cierta razón, puesto que los sitios arqueológicos paleoindios no eran abundantes y muy pocos habían sido excavados. Pero es interesante señalar que los mismos arqueólogos que fueron críticos con los antiguos investigadores, cuando a su vez excavaron, tuvieron que reconocer que no encontraron puntas líticas de proyectiles en los niveles más antiguos de sus yacimientos.

Así, y de acuerdo al estado actual de las investigaciones, aunque sabemos que en Norteamérica los cazadores con tecnologías líticas de puntas llegaron hacia el 11.000 a.C. (Clovis), más al sur, en Sudamérica y especialmente en Chile, las primeras industrias de puntas líticas aparecen sólo entre los 9.300 y 9.000 a.C., es decir, en la parte final del período geológico pleistocénico.

Los yacimientos de Quereo, Monte Verde, de Los Toldos y del Ceibo en sus estados más antiguos, todos con fechas absolutas anteriores al 9.400 a.C., no presentan puntas líticas de proyectiles; en el caso de Tagua-Tagua habrían aparecido 2 puntas del tipo Fell I. Con seguridad las primeras culturas de cazadores que tienen instrumentos de puntas son las bandas que habitaron en la cueva de Fell, entre el 9.050 y el 8.770 a.C. Sabemos también que la fauna pleistocénica (caballo y milodón) perduró en el extremo sur de Sudamérica hasta el 6.689 a.C. (cueva de Palli-Aike).

Ahora bien, la extinción de la megafauna pleistocénica no fue uniforme a lo largo del territorio chileno. En Tagua-Tagua, la desaparición de ella debió ocurrir con las modificaciones de dieta que provocaron los cambios climáticos del nuevo período geológico llamado holoceno. Éste comenzó hacia el 8.000 a.C. En Quereo, según los datos de radiocarbón 14, sabemos que ya en el 7.420 a.C. no se encontraban los grandes herbívoros.

El reemplazo de estos paleoindios por otros grupos de cazadores y recolectores, también de fines del Pleistoceno, no se sabe con seguridad cómo ocurrió. Culturalmente, la cueva de Los Toldos, en la Patagonia oriental argentina y tan relacionada con el yacimiento de Fell en Chile, puede ayudarnos un poco a entender el cambio contextual arqueológico. Conocemos que en el 10.650 a.C., en la ocupación más antigua (nivel 11), un grupo de cazadores y recolectores confeccionaba cuchillos bien retocados, raspadores y raederas. Tenía, también, lascas gruesas hechas de piedra, retocadas por técnica de presión monofacial.

En cambio en los niveles 9 y 10 de la misma cueva de Los Toldos encontramos los artefactos ya descritos parcialmente en la cueva de Fell, es decir, algunas puntas que se acercan al tipo cola de pescado, puntas subtriangulares de tamaño medio (6-8 cm), raspadores, raederas, espátulas de hueso, cuchillos bien retocados. Junto a estos instrumentos, esta segunda

ocupación muestra la presencia de pinturas rupestres del estilo manos pintadas que, incluso, pudo ser contemporáneo a la primera ocupación. Estos cazadores mataban especialmente guanacos, pero también se encontraron restos de caballos y de camélidos desaparecidos. Hacia el 6.800 a.C. el lugar fue abandonado, coincidiendo con un clima algo seco. Cuando alrededor de mil años después llegaron otros cazadores, *los casapedrenses*, los animales cazados eran los guanacos, y los instrumentos y armas estaban hechos de láminas (lascas alargadas) en forma de hojas.

Aunque a fines de pleistoceno encontramos industrias líticas caracterizadas por sus puntas de proyectiles, la evidencia más antigua apunta a una ocupación paleoindia sin puntas. Sabemos que la estratigrafía de la cueva de Los Toldos ha sido discutida, sobre todo en lo que se refiere a una delimitación segura entre los niveles 10 y 11. Sin embargo, las excavaciones hechas en la Cueva 7 del Ceibo, han permitido identificar una capa 12 que contiene una industria similar a la del nivel 11 de Los Toldos. Esta capa 12 del Ceibo aparece sellada según Cardich (1979) por los escombros de un antiguo derrumbe, las piezas de esta industria están constituidas por lascas de variado tamaño, destacando las grandes. Se encuentran lascas espesas, de forma y contorno variables, retocadas en parte y unifaciales; hay raederas con bulbos prominentes y también raspadores grandes. Se encuentran también fragmentos de posibles puntas unifaciales. Ahora bien, los estudios de los materiales de la capa 12 de El Ceibo (Cardich) han permitido afirmar que todos los artefactos analizados, sin excepción, fueron utilizados en prehensión directa, sin ningún dispositivo de empuje ni de protector manual.

Además, se ha concluido que todas las piezas observadas que tienen retoque presentan huellas de utilización. La gran mayoría de los artefactos fueron usados para trabajar pieles y para cortar carne, y sólo unos pocos para trabajar madera.

Así las evidencias cruzadas apuntan a que en la más antigua ocupación de cazadores no aparecen evidencias claves de puntas líticas de proyectiles. Esta hipótesis no se opone a que también haya relaciones tecnológicas entre estos hipotéticos cazadores sin puntas y los cazadores con puntas. Por ejemplo, las lascas gruesas retocadas monofacialmente se hallan en la ocupación más antigua de Los Toldos y, también, en la primera ocupación de la cueva de Fell, que es mil años más reciente. Es decir, considero, que a pesar de las diferencias de las tradiciones tecnológicas hay también continuidades culturales que no se pueden desconocer. Posiblemente la explicación se encuentre en que no hay diferencias étnicas significativas y, además, que los instrumentos siguen sirviendo a los cazadores. Por lo demás, la conservación de algunas especies de fauna pleistocénica debió obligar a seguir usando algunos de los antiguos artefactos.

¿Qué se puede decir de tantos otros sitios arqueológicos que fueron o

siguen siendo postulados como pertenecientes al período de fines del pleistoceno?. ¿qué queda de las hipótesis de Lanning o de Le Paige, o de las que publicamos en las décadas del 60 y 70?

Los materiales culturales superficiales descritos, usando diferentes métodos y haciendo uso a veces de tecnologías elaboradas (computación, estadística), y que fueron denominados como núcleos, hachas de mano, bifaciales, etc., han sido en las últimas dos décadas rechazados sistemáticamente. La razón más usada para no aceptarlos es la que se refiere a que no han sido encontrados en niveles estratificados. También se ha sostenido que ellos no son exactamente instrumentos, sino que partes residuales de la confección de verdaderos instrumentos (lascas, láminas, puntas, raspadores, cuchillos, etc.). Las hachas de mano encontradas, por ejemplo, en distintos yacimientos de la II Región, en el norte desértico de Chile (Ghatchi, Altamira, Pampa Unión, Tulán, Baquedano), no formarían parte de un complejo cultural perteneciente a antiguos cazadores y recolectores de fines del Pleistoceno. Incluso se ha sostenido que estos núcleos se encuentran en posteriores períodos culturales.

Desde la década del 60, se han rechazado las cronologías largas de Gustavo Le Paige, pero se piensa que artefactos de núcleos bien percutidos, que eran producto de una tecnología compleja, que tenían la misma forma y que eran funcionales para ciertos trabajos de recolección y de caza, no podían ser considerados sólo como deshechos o simples proformas de instrumentos. Gruesas lascas desprendidas de estos núcleos fueron golpeadas usando técnicas líticas de percusión directa o indirecta, o de presión, permitiendo la confección de puntas de lanzas, de cuchillos, de raederas, etc., que se encuentran en forma abundante en distintos yacimientos del norte de Chile. Creemos que no hay razones técnicas para negarles su condición de instrumentos. El problema se encuentra en la antigüedad, mayor o menor, de ellas. Es razonable esperar que excavaciones sistemáticas permitan situar con cronología absoluta estos artefactos. Pensamos que, incluso, algunos de los yacimientos del sur mencionados por nosotros (Los Toldos y El Ceibo, por ejemplo) muestran tradiciones de lascas gruesas, con antigüedad de fines del pleistoceno. No debería entonces, en forma apriorística, negarse la antigüedad de estos materiales culturales, independientemente de que ellos se hayan encontrado sólo en yacimientos superficiales.

Por otra parte, el problema de los yacimientos paleoindios crece cuando se toma en cuenta que se conocen más de treinta yacimientos paleontológicos con presencia de mastodontes, entre Illapel y Puerto Montt; de éstos sólo tres han sido encontrados con contexto cultural. Es decir, las posibilidades de hacer hallazgos culturales y de enriquecer los contextos arqueológicos son muy grandes.

Para terminar esta breve revisión de los sitios paleoindios conviene

indicar que aún no aparecen ocupaciones de este tipo en el Norte Grande de Chile y tampoco en la costa. Ocurre que en Quereo, que está situado en una quebrada costera, a no más de 200 m, no hay prácticamente uso de una dieta apoyada en los productos del mar. Excepto algunas escasas conchas de locos encontradas en el nivel dos de Quereo, no hay mayores evidencias de recolección marina.

En verdad la ocupación de la costa y la explotación de animales y vegetación pertenecientes al ecosistema marítimo, sólo se producirá cuando se inicie el período geológico holocénico y el período cultural arcaico.

EL PERÍODO ARCAICO

Mientras en la región nortina árida, como en la semiárida y en la centro-sur de Chile, aparecían los primeros grupos arcaicos de cazadores, recolectores y mariscadores después del 9.000 a.C., no debemos olvidar que en el extremo sur de Chile había todavía bandas de tradición paleoindia que cazaban fauna de fines del pleistoceno e incluso de comienzos del holoceno.

En este territorio estepario los grupos familiares de cazadores seguían comiendo fauna ahora extinguida (caballo, milodón) hasta mediados del séptimo milenio a.C., mezclada con animales que caracterizan, incluso hasta hoy día, el paisaje magallánico (guanaco, zorro, aves). El aumento de estas bandas de cazadores, probado por la ocupación de muchas cuevas, aleros y campamentos al aire libre, no es sólo un fenómeno demográfico, sino que conlleva, también, una mayor riqueza de sus contextos culturales. Así, por ejemplo, en Palli-Aike se encontraron evidencias de cremaciones de cuerpos humanos, lo que nos lleva a pensar en ceremonias relacionadas con creencias postmortem. Es probable que estas creencias y rituales referidos al pasaje de un tipo de vida a otro sean ejemplos de las ideas y valores de estos antiguos cazadores. Por ningún motivo consideramos que esta ideología fue posible sólo cuando los cazadores superaron sus problemas vitales de subsistencia. Dentro de una matriz cultural compleja, los primeros ocupantes de las estepas frías del extremo sur de Chile y de Argentina creyeron, hicieron ceremonias, ritualizaron sus acciones más importantes, tuvieron expresiones artísticas. No necesitaron primero comer, hacer reservas de alimentos para luego ponerse a pensar y a crear, como más de algún arqueólogo materialista cultural lo piensa y escribe.

En el norte de Chile, en un tiempo postglacial, se identifican numerosos grupos de cazadores y recolectores en la puna, sierra y quebradas de altura como también poblaciones que comenzaron a vivir cerca del mar.

Examinaré, brevemente, las principales evidencias culturales rescatadas por la arqueología en los territorios de altura (altiplano, puna, tanto seca como salada y los valles precordilleranos).

Recuérdese ante todo que el piso altiplánico y puneño está caracterizado

por una formación vegetal conocida con el nombre de pajonal. Es en los bofedales, ricos en gramíneas perennes y otros tipos de vegetación, en donde los cazadores y recolectores encontraron fauna y flora necesarias para ellos, a lo largo de todo el año, aunque las plantas de recolección no eran abundantes. En cambio esto no sucede en la puna salada, desde Isluga hasta el Salar de Atacama, en donde el ambiente más seco castiga los bofedales y deprime el ambiente forrajero, pero a la vez hace posible en los sectores de oasis de altura media, que crezca gran cantidad de plantas y árboles de recolección (algarrobo, chañar, pimienta)...

Algo más bajo en el piso prepuna, que corresponde a los valles serranos entre los 3.000 y 4.000 m, se encuentra la formación de *Tolar*, con pocos yacimientos arqueológicos estudiados. En cambio, entre los 1.500 y 3.000 m hay abundantes evidencias culturales de cazadores y recolectores arcaicos que hacían uso de arbustos, cactáceas, hierbas y fauna caracterizada por camélidos, roedores y aves.

Es en la región de los valles serranos prepuna salada (actual II Región del norte chileno) donde han sido estudiados dos yacimientos antiguos. Uno está al oriente de la ciudad de Calama y en el camino que conduce a San Pedro de Atacama, con fechas de 8.870 a.C. y de 7.130 a.C. En este sitio, llamado Alero de Tuina, los cazadores que hacía raspadores de dorso alto, raederas, cuchillos y pequeñas puntas triangulares a presión, comían camélidos y roedores.

En el borde oriental del salar de Atacama, al sur de San Pedro de Atacama se encuentra el yacimiento de San Lorenzo, también con una fecha temprana de 8.450 a.C., en donde los grupos humanos cazaban camélidos y roedores, con algunos instrumentos caracterizados por pequeñas puntas triangulares, raspadores y cuchillos.

En cambio en la puna seca (I Región, interior de Arica) las fechas son algo más recientes; en el yacimiento de Las Cuevas hay una fecha de 7.590 a.C. y en Tojo-Tojone tenemos una fecha con amplios márgenes de variación de 7.630 a.C. En este caso los sigmas (+) y (-) son de 1950 y de 1.540 años. Nuevamente en estos dos sitios tendríamos puntas triangulares, pero ahora pedunculadas, asociadas a otros instrumentos pertenecientes al contexto cultural de cazadores, como puntas lanceoladas y cuchillos bifaciales.

Hacia el 6.320 a.C.-6.210 a.C. el sitio de Patapatane, relacionado con el segundo nivel de ocupación del sitio Las Cuevas, correspondería a una especie de segunda fase del período de los cazadores arcaicos tempranos, siendo la primera fase la caracterizada por el ya mencionado yacimiento La Tuina y por el primer nivel de Las Cuevas. Algunos artefactos novedosos de estos cazadores arcaicos de la segunda fase (Patapatane) serían puntas de forma romboidal con aletas lanceoladas de base redondeada y con aletas en el sector proximal.

Para estos mismos años en la puna salada tendríamos el sitio de Chulqui,

cerca de Toconce, fechado el 7.640 a.C. La capa 6a contiene artefactos útiles para raer, raspar y cortar, de fisonomía tosca y pesada, con ausencia de artefactos de molienda y puntas de proyectiles (Aldunate y otros, 1986a).

En general, estamos en presencia de bandas de cazadores que ocuparon los territorios altos de la cordillera y algunas cuevas de la precordillera, en un tiempo que oscila entre el 8.450 a.C. y el 6.000 a.C., con cierta movilidad, especialmente, en el caso de los que vivían en la puna salada, que se desplazaban estacionalmente hacia los lugares de mayor altura. En cambio en la puna seca los yacimientos se presentan más circunscritos a los bofedales (Las Cuevas) o a ciertas quebradas del piso prealtiplánico (Patapatane). Todos ellos vivían no sólo de la caza de auquénidos, roedores y aves, sino también de algunos recursos vegetales; escasamente se han encontrado algunos restos propios de la costa (conchas de choro *mytilus*, dientes de tiburón), que permiten suponer algún tipo de intercambio con sus tempranos ocupantes.

En la puna seca, en el extremo norte chileno, el estudio de algunos yacimientos situados en el altiplano y en la precordillera, indicarían un comportamiento de asentamiento de carácter estacional y referido sólo a estos sectores.

Entre el 6.000 a.C. y el 4.000 a.C. se ha situado el período de los cazadores y recolectores del arcaico medio.

En el sector de quebradas precordilleranas de la II Región se destaca el estudio del yacimiento del Alero de Toconce, en donde los arqueólogos de la Universidad de Chile, que excavaron entre 1969 y 1970, pudieron identificar seis ocupaciones, de las cuales la más profunda (la N° 6) caracteriza un nivel de fines del Arcaico Temprano y comienzos del Arcaico Medio.

Especialmente se identificó un contexto cultural formado por cuchillos, puntas lanceoladas, raspadores de morro y algunas escasas bifaces de tamaño medio; también, hay algunas lascas de tamaño medio y huesos de auquénidos y de roedores.

El estrato más profundo fue fechado en el 6.040 a.C. Es interesante señalar que en el estrato inmediatamente superior (el N° 5) se encontraron puntas con pedúnculos, muy parecidas a las encontradas en las cuevas al interior de Arica, pertenecientes a cazadores arcaicos tempranos. Esto indicaría una cierta permanencia de este tipo en los comienzos del arcaico medio. Por lo demás, este tipo pedunculado se encontrará en varios yacimientos estudiados por la Universidad de Chile en el sector de confluencia río Loa y río Salado, cerca de Chiu-Chiu, y que están fechados hacia el 4.000 a.C. Especialmente el yacimiento Confluencia 2, perteneciente a un grupo de habitaciones circulares semisubterráneas, que caracterizan el hábitat semipermanente de un grupo de cazadores que tenían el sector privilegiado de la cuenca de Chiu-Chiu como su territorio. Todo este sector

aterrazado de amplios horizontes y surcado por el río Loa, situado a 2.500 m sobre el nivel del mar, era abundante en fauna y flora actual; así lo demuestran los depósitos de basura excavados en los alrededores de las habitaciones de estos cazadores. Junto a este yacimiento bien excavado, tenemos otros que confirman una ocupación sólida de cazadores, poseedores de un contexto cultural variado y complejo.

En cambio en el sector de Arica, en la sierra y en el altiplano, no aparecen buenos yacimientos que caractericen este período del arcaico medio. Se ha sugerido, entonces, un relativo abandono de las tierras puneñas, debido a un clima seco y cálido, que empobreció las posibilidades de conseguir una dieta adecuada, obligando aparentemente a algunos grupos a ocupar sectores más próximos a la costa, o en la costa misma, como Quiani, Camarones 14 y Camarones Punta Norte.

Sin embargo, existen algunas evidencias, tanto en los yacimientos de Patapatane como en Hakenasa; los contextos de estos sectores que, también, fueron ocupados en el arcaico temprano, son la continuación de las tradiciones pasadas. Aparecen así tipos de puntas lanceoladas con pequeñas aletas cerca de la base, cuchillos de hoja ancha y lanceolada, puntas romboidales con pequeñas aletas, y uno que otro artefacto de hueso poco elaborado. La fauna cazada es principalmente de animales de tamaño medio, como los camélidos.

En cambio, el llamado arcaico tardío, tanto en los sectores de la I como de la II Regiones (interior de Arica y sectores de Calama y San Pedro de Atacama), está bien representado por un buen número de sitios arqueológicos.

En primer lugar, en la I Región estos yacimientos se sitúan tanto en la puna como en la prepuna, es decir en las quebradas del sector serrano. Así los sitios de Patapatane, en la prepuna y el ya conocido de Tojo-Tojone, más los de Pixuma, Piñuta y Guañure, en la sierra y quebradas, son los más estudiados por los arqueólogos, lográndose una caracterización relativamente completa.

Las fechas absolutas obtenidas por el método de carbón 14, oscilan entre 2.430 a.C. y 1.700 a.C. Es el sitio de Hakenasa, en la puna seca, el que mejor caracteriza la vida de los cazadores arcaicos tardíos. Se trata de un campamento semipermanente, en donde la presencia de huesos de camélidos y diferentes tipos de artefactos, muestran variaciones tecnológicas interesantes y una reducción del tamaño de los instrumentos. Especialmente se encuentran los tipos triangulares con o sin escotadura, puntas pentagonales, algunas puntas lanceoladas con o sin pedúnculo, diversos tipos de cuchillos, raspadores de uña, perforadores y objetos de adorno (cuentas).

Otros yacimientos, como ya lo he dicho, se sitúan en las quebradas serranas (Puxuma, Piñuta, etc.) y caracterizan a campamentos pequeños, en el fondo de quebradas, que parecen depender de otros campamentos

más permanentes situados en los pisos superiores, o que se formaron por el abandono de los campamentos de mayor altura. Este abandono, hipotético según algunos estudiosos, habría ocurrido por la sobreexplotación de aquellos pisos de altura y un cierto crecimiento demográfico.

Al final de esta fase de cazadores tardíos aparecen los primeros ejemplos de un cambio tecnológico importante: la presencia de alfarería con desgrasante vegetal hacia el 800 a.C. en el yacimiento de Hakenasa, asociada con el tipo de puntas triangulares de base escotada.

Otro aspecto cultural interesante lo constituye el hecho que estos cazadores del arcaico tardío, hacen pinturas en las paredes de sus pequeñas cavernas, representando especialmente escenas de caza (sitio de Guañure, hacia el 2.430 a.C. y de Pukuma, hacia el 2.290 a.C.).

Volviendo a la II Región, a la puna salada, hay varios yacimientos situados tanto en las quebradas altas del plano inclinado de la puna, como en los oasis del Salar de Atacama y en el sector medio del río.

Al suroriente del Salar de Atacama y en las quebradas del plano inclinado de la puna y en la puna misma, se han estudiado varios yacimientos de campamentos de cazadores, fechados entre el 3.040 y el 2.390 a.C. Se trata de conjuntos de habitaciones circulares y semisubterráneas encontradas en la quebrada de Tulán (Tulán 51 y 52). Junto a los tipos de instrumentos líticos, tales como puntas lanceoladas, cuchillos, raspadores, perforadores, hay artefactos de molienda (morteros con sus manos). Según los estudiosos de estos sitios, se habría producido una cierta movilidad entre estas quebradas y la puna.

Más al norte, en las quebradas altas situadas frente a San Pedro de Atacama, se encuentra el yacimiento de Puripica, conocido desde la década de 1950 y excavado parcialmente. En la excavación hecha, que caracteriza sólo una parte del amplio complejo de Puripica, el campamento de cazadores fue fechado entre el 2.865 y el 2.100 a.C. En este yacimiento hay una baja frecuencia de puntas y una alta de cuchillos, todo asociado a morteros de forma cónica. Aquí la recolección habría sido más importante, como también la domesticación de camélidos. Algunos tipos de artefactos sugieren relaciones con el Loa medio.

También en el ambiente del oasis de San Pedro de Atacama, a unos 2.500 m sobre el nivel del mar, está el yacimiento de Tambillo, situado en los límites del Salar de Atacama, en un ambiente lacustre. La gran cantidad de tipos de instrumentos, en donde abundan las puntas triangulares, las lanceoladas, las pedunculadas, los raspadores, raederas y cuchillos, muestra una ocupación compleja que posiblemente no sólo caracteriza al arcaico tardío sino que, también, debería caracterizar al arcaico mdio. Lo mismo pensamos de los yacimientos de Tulán y Puripica, que si fuesen más estudiados podrían dar ocupaciones de por lo menos el arcaico medio.

Asociado parcialmente con Tambillo y Tulán 52 se encuentra el yaci-

miento de Calarcoco 3, con fecha de 3.170 a.C. Se trata de un campamento de cazadores de camélidos situado en la base del plano inclinado, cerca de la quebrada de Aguas Blancas, al sur de Toconao.

Lo más característico del sector Loa medio y, especialmente, de los alrededores de Chiu-Chiu, son los sitios estudiados desde la década de 1960 por los equipos de arqueólogos norteamericanos y los de la Universidad de Chile. Los yacimientos de este sector tienen fechas que van desde el 2.705 al 2060 a.C., presentan un contexto cultural muy rico, en donde, incluso, hay un enterramiento de una mujer arcaica dolicoide (Loa Oeste 3), dentro de una habitación circular delimitada por piedras. En su mayoría los artefactos son puntas de varios tipos, cuchillos, raederas, raspadores y una gran cantidad de instrumentos pequeños (taladros, perforadores). A este complejo industrial lo denominó *pseudomicrolítico*. Los ocupantes de estos campamentos semipermanentes eran cazadores y recolectores; cazaban especialmente auquénidos, también aves y posiblemente los roedores formaban asimismo parte de su dieta. La presencia de morteros nos hace insistir en las prácticas recolectoras. Igualmente el hallazgo de conchas permite suponer algunos intercambios con la costa. Hacia el oriente hay contactos, a través de la tecnología de pequeños perforadores y taladros, con los asentamientos del río Salado (alero Toconce) y con varios yacimientos del sector de San Pedro de Atacama, sin que se pueda definir bien desde qué región se difundió esta elaborada tecnología.

Por último, se sabe que en yacimientos muy cercanos al actual pueblo de Chiu-Chiu se encuentra en desarrollo la tecnología alfarera, fechada hacia el 940 a.C., posiblemente traída desde los sectores orientales de la cordillera de los Andes y en un contexto aldeano pastoril (Benavente).

CONCLUSIONES

En el presente trabajo, de carácter sintético y reflexivo, he llamado la atención hacia algunos problemas que hemos discutido con alumnos y colegas de la Universidad de Chile. Muy atento a lo que se ha publicado acerca de algunos yacimientos paleoindios (Quereo, Tagua-Tagua, Monte Verde, Cueva 3 de Los Toldos, Cueva 7 de El Ceibo y Cueva Fell nivel 1), he insistido en un hecho que no ha sido suficientemente calificado: la poca presencia de puntas de proyectiles en las ocupaciones más antiguas del período paleoindio. Es probable que se responda señalando que son por ahora insuficientes los sitios paleoindios excavados y que, por lo tanto, no es prudente sacar conclusiones. También puede argumentarse que las puntas no eran necesarias para las actividades de estos cazadores; les bastarían sus otros instrumentos para matar y faenar los animales. El hecho concreto es que la mayoría de los sitios mencionados, excavados y publicados no presentan evidencias de puntas. Los estudios de A. Cardich en los Toldos

y El Ceibo (Patagonia argentina); los de T. Dillehay en Monte Verde; de Montané, Núñez y Casamiquela, en Tagua-Tagua y Quereo, ofrecen evidencias importantes para conocer el medio ambiente, la fauna y los contextos culturales. Mientras en la Patagonia argentina y chilena los yacimientos paleoindios son ricos en instrumentos, no ocurre lo mismo con los otros sitios paleoindios de Chile. Las evidencias de lascas grandes y trabajadas monofacialmente, encontradas en Los Toldos y El Ceibo, son interesantes para explicar los instrumentos hechos por estos antiguos cazadores. A partir de ellas se hicieron raederas, cuchillos, raspadores e incluso algunas de ellas, con retoques simples, fueron usadas. Son lascas grandes, espesas, de forma o contorno variable, que se desprendieron de núcleos grandes por golpes de percusión directa, que dejan en ellas bulbos prominentes (Cardich). Pues bien, entre miles de artefactos recogidos en yacimientos superficiales del norte de Chile, además de los núcleos y nódulos, se hallan cientos de lascas retocadas en forma sencilla. Tanto ellas como los artefactos bifaciales que fueron hechos a partir de lascas gruesas, no han sido considerados como representativos de industrias líticas pertenecientes a antiguos cazadores.

Aceptando que faltan muchas evidencias, entre las cuales está la ausencia de estratigrafía y cronología absolutas, creo, sin embargo, que no es propio de un comportamiento científico desechar los yacimientos de Ghatchi, Altamira, Pampa Unión, Baquedano, Tulán, etc., como representativos de sitios de cazadores antiguos. Es indudable que las colecciones de Le Paige presentan muchos núcleos y preformas pero, también, se encuentran instrumentos y artefactos usados por los cazadores y recolectores. Lo recomendable es investigar más, para situar en un tiempo pasado exacto estos complejos industriales y darles un contexto cultural y social.

Dentro de la caracterización de los contextos nos ha llamado la atención que se insista en el valor diagnóstico de las puntas triangulares, sin distinguir tipos y subtipos tanto para la fase final del paleoindio como de la fase temprana del arcaico. Ocurre, por ejemplo, que las puntas subtriangulares de la cueva 3 de Los Toldos (nivel 9 y 10) son definidas como finas, trabajadas a presión en sus dos caras, asociadas a puntas pedunculadas que se asemejan al tipo *cola de pescado* de la capa I de Fell y tienen un tamaño medio de 6 a 8 cm. El fechamiento para estas puntas va del 9.050 al 8.770 a.C., lo que las hace sincrónicas con otros tipos de puntas triangulares encontradas en el norte de Chile, en Tuina, en 8.870 a.C. Sin embargo, aquí las puntas son puntas triangulares presionadas, de pequeña factura. Lo mismo ocurrirá en San Lorenzo, con una fecha de 8.450 a.C. para una hoja triangular de pequeña factura, de obsidiana. Así la punta triangular no me parece ser un elemento diagnóstico suficiente, si no es acompañada de una mejor definición y situada dentro de un contexto cultural. Indudablemente que hay un tipo de punta triangular que fue confeccionado por

antiguos cazadores de fines del pleistoceno y comienzos del holoceno pero, también, hay otros tipos de puntas triangulares que se sitúan en el arcaico medio y tardío. Importante en estas diferenciaciones tipológicas es la descripción de los contextos de estos tipos de puntas triangulares.

El problema de la presencia o ausencia de tipos de puntas de proyectiles en estos antiguos sitios (paleoindios) es real y no el simple producto de una creencia. Si hacia el 9.050-8.770 a.C. había grupos de cazadores en el extremo sur de América, que cazaban animales pleistocénicos haciendo uso de puntas, de las de tipo cola de pescado y subtriangulares, ¿por qué otros cazadores paleoindios, algo más antiguos, no usaban puntas de proyectiles? Es posible que artefactos hechos de hueso hayan reemplazado los artefactos de piedra tan escasos en Quereo pero, de todos modos, la proporción entre huesos de animales y artefactos, no importa la materia prima, sigue siendo baja.

Por lo tanto, parece recomendable afirmar tentativamente que los paleoindios de Quereo, de Monte Verde y del Ceibo podrían representar, también, otras tradiciones algo más antiguas, donde las puntas de proyectiles no formaban parte de los contextos culturales y sí otros instrumentos, como las lascas unifaciales, puntas de lanzas, raedoras, raspadores, cuchillos, etc.

Para finalizar estas reflexiones agreguemos que en relación a los yacimientos que caracterizan el período arcaico, parecería recomendable que algunos de ellos sean trabajados de nuevo, y, obviamente, datados con el fin de resolver la incógnita de su profundidad cronológica y de su adscripción o no al arcaico medio, por ejemplo, en casos como Puripica, Tulán y Tambillo.

Igualmente la precisión de las definiciones alrededor de los términos *puntas* y sus variedades tipológicas, deberían apuntar al simple uso de los criterios de forma y tamaño, tan usados en las descripciones. Así podríamos contar con algunas definiciones más científicas y obviamente más útiles.

BIBLIOGRAFÍA

- Aldunate, Carlos y otros.** "Cronología y asentamiento en la región del Loa Superior". D.I.B. U. de Chile, 1986.
- Aldunate, Carlos y otros.** *Revista Chungará* N^{os} 16-17, X Congreso Nacional de Arqueología Chilena, 1986.
- Benavente, M.A.** "Chiu-Chiu. Una comunidad pastora temprana en la provincia del Loa". Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología, La Serena, 1985.
- Cardich, Augusto.** "Arqueología de Los Toldos y El Ceibo", *Estudios Atacameños* N^o 8, 1987.
- Casamiquela, R.; J. Montané y R. Santana.** "Convivencia del hombre con el mastodonte en Chile central". Noticiario mensual del M.N.H.N., N^o 132, Año IX, julio de 1967.

- Kaltwasser J., A. Medina y J. Munizaga.** "Cementerio del período arcaico en Cuchipuy", *Revista Chilena de Antropología* N° 3, 1980, pp. 109-122.
- Kaltwasser J., A. Medina y J. Munizaga.** "El hombre de Cuchipuy. Prehistoria de Chile central", *Revista Chilena de Antropología* N° 4, 1984, pp. 43-48.
- Lorenzo, José Luis.** "La tierra y su poblamiento", en *Historia Universal Salvat*, vol. XV, *América Precolonial*, Barcelona, Salvat Editores S.A., 1985, pp. 1785-1807.
- Montané, J.** "El paleoindio en Chile", Acta del XLI Congreso Internacional de Americanistas, vol. 3, México, 1974.
- Montané, J. y R. Bahamondes.** "Un nuevo sitio paleoindio en la provincia de Coquimbo, Chile". *Boletín N° 15* del Museo Arqueológico de La Serena, 1973, pp. 215-222.
- Mostny, G.** *Prehistoria de Chile*. Santiago, Ed. Universitaria, 1980.
- Niemeyer, H. y otros.** *Culturas de Chile*. Santiago, Ed. Andrés Bello, 1989.
- Núñez, L. y otros.** "Investigaciones paleoindias al sur de la línea ecuatorial". *Estudios Atacameños* N° 8, 1987.
- Núñez, L.** "Registro regional de fechas radiocarbónicas del norte de Chile". *Estudios Atacameños* N° 4, 1976, pp. 74-123.
- Núñez, L.** *Paleoindio y arcaico en Chile*. México, DF, ed. Cuicuilco, 1973.
- Núñez, L., J. Varela y R. Casamiquela.** "Ocupación paleoindia en Quereo (IV Región): reconstrucción multidisciplinaria en el territorio semiárido de Chile", *Boletín* N° 17 del M.A. de La Serena, 1979-1981, pp. 32-67.
- Orellana, Mario.** "Excavaciones en la Confluencia de los ríos Toconce y Salado Chico". del Boletín de Prehistoria N° 2-3, 1969-1970, pp. 119-136.